

Nacer un rruiseñor¹



Miguel Sánchez Robles



Miguel Sánchez Robles (Caravaca de la Cruz, 1957) es profesor de Historia y escritor. Ha ganado importantes premios literarios tanto en poesía como en narrativa. Entre sus obras editadas destacan las novelas “La tristeza del barro” y “Donde empieza la Nada”.

Mi padre no sabía que la peor enfermedad de un hijo es el alcoholismo de su padre. A mi padre no le daba miedo la cirrosis y decía que, si alguna vez tuviera alguna enfermedad provocada por el vermú o el vino, la llamaría Felipe.

A mi padre lo vamos a enterrar mañana.

Mi padre vivía igual que esas personas para las que el verbo ser es herida y es nada y aman mucho lo quieto de las cosas: cómo el sol se refleja sobre los charcos quietos o la escarcha se posa sobre las rosas quietas. Mi padre vestía, fumaba, pensaba y actuaba como esos seres que son tristes de por sí y trabajan en sitios oscuros y llevan guardapolvos grises y tienen barbillas difíciles y se dedican a acordarse mucho de lo que han vivido. Más exactamente, mi padre fumaba, bebía y actuaba como esos hombres tristes y drogonicotínicos que tanto hay en las tabernas y huelen un poco a no ducharse y están enfermos de falta de deseo sexual, esos hombres que encienden cigarros y beben mucho licor de café con la mirada lejana como pensando en la felicidad perdida. Mi padre fumaba y bebía sin propósito de nada superior. Miraba siempre con cierto desconsuelo como si acabara de perder un tren o un barco a Nápoles o como si tuviera una herida o una sutura sin cerrar debajo del cabello. Muy pocas veces lo veía sonreír, sólo lo hacía cuando La Veneno decía en el Mississippi: *La pepita me palpita, ¡digo!*, o Antonio Resines le preguntaba a Verónica Forqué en una película: *¿A que no sabes cuántas veces se afeita la cabeza al día Yul Brinner?*

Mi padre se sabía a la perfección lo de José de Arimatea y le gustaba mucho leer lo de La Afrenta de Corpes y lo del Caballero de Olmedo. Cuando yo era pequeño, me sentaba en su regazo y me contaba todo eso, mientras yo pensaba en lo que le iba a decir a la prensa el día de mañana cuando fuera un futbolista famoso. Contaba aquellas cosas, cosas de ese calibre antiguo y anacrónico, convencido de que no merecía la pena vivir sin saber nada de Putifar y de la mujer de Putifar y del Duque de Rivas y de que en Moldavia estaba Drácula, y a mí me gustaba con locura la seriedad y la rimbombancia con la que me contaba de niño todo eso al volver de las tabernas.

A mi padre le gustaba mucho cambiarle el serrín a la jaula del hamster y decir a escondidas: “Me *la suda la moda, me la suda el Sistema*”. Se notaba perfectamente que de pequeño le habían hecho creer que algún día sería muy importante y se condolía de aquello, de no haber llegado a ser más que el operario de una fábrica de gorras, pero también poseía la habilidad de ya no sentir envidia por nada y de pasar de todo aquello que no tenía ninguna importancia para él, porque mi padre era sobre todo un iconoclasta de la importancia. A mi padre sólo le divertían y le parecían conspicuas y sublimes las pequeñas cosas cotidianas que sucedían de verdad en su vida. Apuntaba el gasto semanal en su libreta, leía prospectos, se tomaba dos o tres vermús al mediodía con mucha parsimonia, escupía en el pañuelo cuando se le metía la sal en los empastes y odiaba la televisión. Pero lo mejor que sabía hacer mi padre era no esperar nada, andar por el desierto y fumar, fumar, fumar, fumar, y beber, beber, beber, visitar las tabernas de la Calle Eurípides o encender cigarrillos para quemarse el

1. Cuento ganador en la modalidad de castellano del XXIX Concurso de Cuentos “Villa de Errenteria”, organizado por Ereintza Elkarte con el patrocinio del Ayuntamiento de Errenteria.

El jurado estuvo compuesto por Antton Obeso, Ezequiel Seminario, Raúl Guerra Garrido y José Antonio Pérez Aguirre.



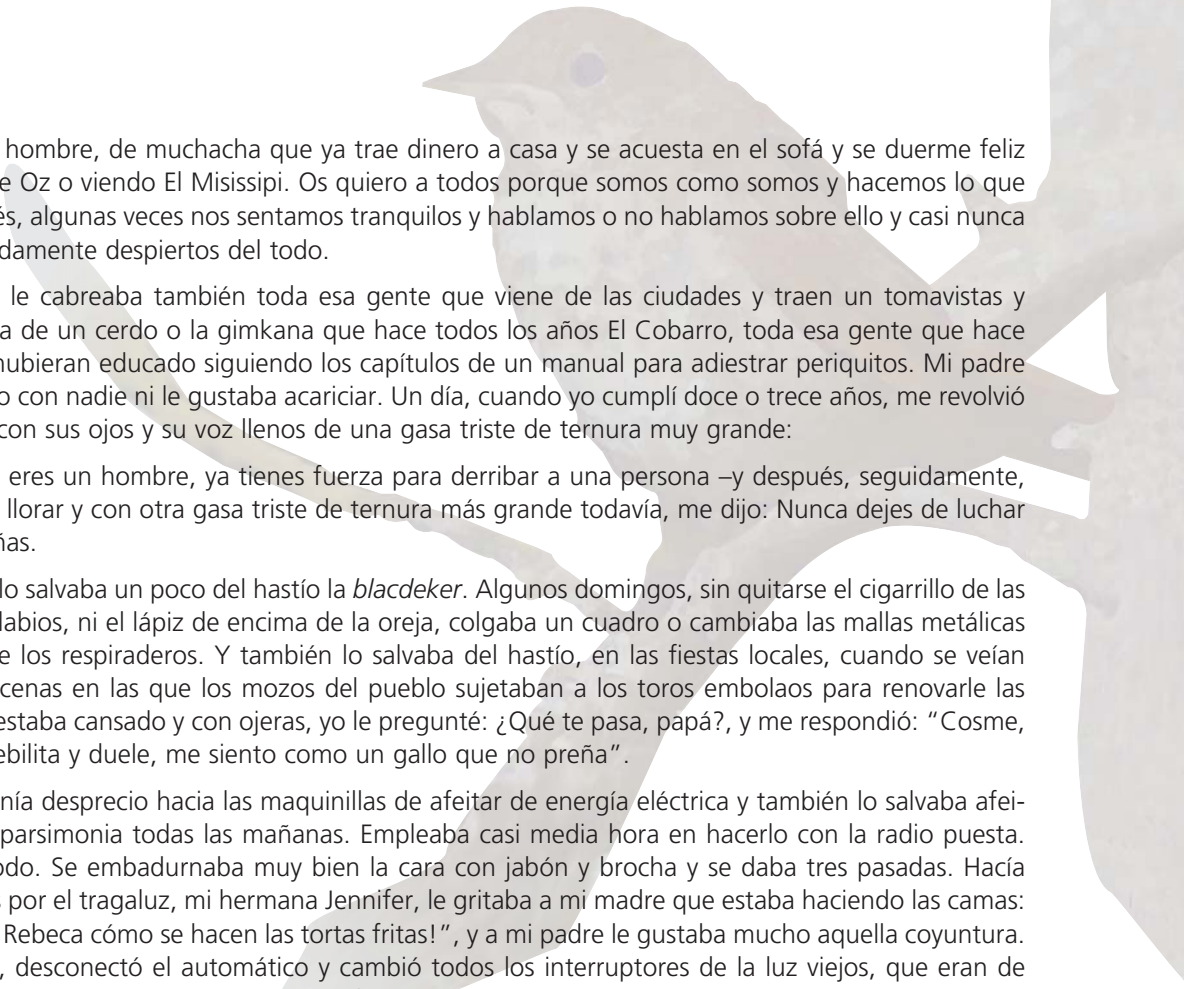
pecho, darles chupadas largas y hacer
dole todo una mierda, como negándose
Sin embargo era tierno, mi padre era muy tierno,
manías. Hizo la mili en regulares en Ceuta y guardaba en
cuatro fotografías enmarcadas que limpiaba los sábados parsimoniosamente con un trapo especial que guar-
daba en su mesilla de noche. A mi padre le chocaban mucho los chinos y esos problemas que tienen siempre
los chinos y los japoneses, aunque no distinguía, mi padre decía siempre: chinojaponés.

oes con el humo como importán-
a hacer algo para salvar la especie.
y tenía detalles dulces y pequeñas
casa una muñeca vestida de militar y

En realidad mi padre vivía siempre como un ángel de cieno bajo el grosor del mundo y lo miraba todo
igual que cuando un sordo sonríe sin oír. No sabía que existía Alaska, No sabía que existía la ONU. No sabía
que existía el Seven Up. No sabía quién era Trostky, pero alguna vez creyó en el socialismo y en la utopía. A
mi padre le cabreaba mucho el presidente del gobierno, el presidente de la diputación, el presidente de la
oposición, el presidente del senado, el presidente de lo que fuera y todos los presidentes en su conjunto. Los
veía en el parte y decía: qué asco me dan todos y se salía al balcón para encender un cigarro y mirar melan-
cólicamente a las niñas púberes que estudiaban piano y danza en el colegio de las Siervas Adoratrices del al
lado de mi casa o las estrellas limpias sobre el cielo desnudo de las noches vacías y sin ansia, también hacía
todo eso como negándose a hacer el amor para salvar la especie.

Mi padre tenía varices pequeñitas en el cutis y cabeceaba en las homilías y en las primeras comuniones
y en las bodas como esos canónigos descreídos y obesos que sólo piensan en sí mismos y también como si
padeciese de alma enferma y soledad a cuestras. A pesar de todo, no era uno de esos padres que toman a raja-
tabla lo de ser cabezas de familia y llevan en sus ojos los Tablas de la Ley y son tan patriotas que se indignan
y gritan cuando un árbitro suizo pita en baloncesto pasos contra España en el penúltimo segundo e insultan
con la palabra subnormal y llaman muerto de hambre a todo el mundo. Mi padre nos miraba algunas veces
con sus pupilas encharcadas de nicotina y de vermú como tratando de decirnos:

—Os quiero a todos. Te quiero, Teresa, por la tristeza que nos ha tocado vivir juntos, por ponernos el
termómetro y hervirnos manzanilla, por ajorjar la comida desde el supermercado, por cómo planchas la ropa
a los zagales. Te quiero Cosme, por querer ser aviador y futbolista, por la alegría que me diste cuando eras
crío y jugabas con tubos secos de pomada y me preguntabas si un ratón tiene huesos y si las estrellas están
también por China. Te quiero Jennifer por cómo te gusta decir: Sam Pekimpah, por tu pelo dorado de niña
que ya es grande y trabaja en uno de esos sitios donde se hacen arreglos de ropa de mujer y de toda clase



de pantalones de hombre, de muchacha que ya trae dinero a casa y se acuesta en el sofá y se duerme feliz viendo El Mago de Oz o viendo El Misissipi. Os quiero a todos porque somos como somos y hacemos lo que hacemos y después, algunas veces nos sentamos tranquilos y hablamos o no hablamos sobre ello y casi nunca estamos afortunadamente despiertos del todo.

A mi padre le cabreaba también toda esa gente que viene de las ciudades y traen un tomavistas y graban la matanza de un cerdo o la gimkana que hace todos los años El Cobarro, toda esa gente que hace cosas como si la hubieran educado siguiendo los capítulos de un manual para adiestrar periquitos. Mi padre no hablaba mucho con nadie ni le gustaba acariciar. Un día, cuando yo cumplí doce o trece años, me revolvió el pelo y me dijo con sus ojos y su voz llenos de una gasa triste de ternura muy grande:

–Cosme, ya eres un hombre, ya tienes fuerza para derribar a una persona –y después, seguidamente, casi con ganas de llorar y con otra gasa triste de ternura más grande todavía, me dijo: Nunca dejes de luchar por algo que sueñas.

A mi padre lo salvaba un poco del hastío la *blacdeker*. Algunos domingos, sin quitarse el cigarrillo de las comisuras de sus labios, ni el lápiz de encima de la oreja, colgaba un cuadro o cambiaba las mallas metálicas en las entradas de los respiraderos. Y también lo salvaba del hastío, en las fiestas locales, cuando se veían por las noches escenas en las que los mozos del pueblo sujetaban a los toros embolaos para renovarles las bengalas. Un día estaba cansado y con ojeras, yo le pregunté: ¿Qué te pasa, papá?, y me respondió: “Cosme, el miocardio se debilita y duele, me siento como un gallo que no preña”.

Mi padre tenía desprecio hacia las maquinillas de afeitarse de energía eléctrica y también lo salvaba afeitarse con mucha parsimonia todas las mañanas. Empleaba casi media hora en hacerlo con la radio puesta. Hasta silbaba y todo. Se embadurnaba muy bien la cara con jabón y brocha y se daba tres pasadas. Hacía todo eso mientras por el tragaluz, mi hermana Jennifer, le gritaba a mi madre que estaba haciendo las camas: “¡Mama, dile a la Rebeca cómo se hacen las tortas fritas!”, y a mi padre le gustaba mucho aquella coyuntura. Un Viernes Santo, desconectó el automático y cambió todos los interruptores de la luz viejos, que eran de porcelana y tenían una manivela igual que los grifos, por otros mejores que se hundían hacia adentro, y a mi madre le brillaban los ojos cuando lo veía fumar menos y entretenerse en esas cosas. Entonces, ese día, mi madre hacía flan y canturreaba por toda la casa canciones de Machín que se sabía de memoria. Mi padre, una Nochebuena, nos contó que cuando era pequeño tenía un testículo sin bajar y se le metía para dentro y, cuando le pasaba, tenía que saltar para que se le descolgase y se le pusiera normal debajo de la cuca, y también contaba que mi abuelo le regaló una bici Orbea con canasta y que las conferencias, cualquier conferencia, se parecían siempre a un discurso del general Mola.

Mi padre fumaba como cansado de haber estado en su vida mucho tiempo triste. Primero fumaba Vencedor, luego se pasó al Ducados y finalmente al Habanos. En nuestra casa había por todos lados mecheros baratos con el logo estampado de una caja de ahorros o de una marca de leche condensada. Mi padre fumó hasta inyectándose la antitetánica el día en que se hincó una púa. Fumaba con una arritmia triste al respirar. Fumaba como apartándose del compás de las cosas, como perdiendo calcio, como añorando algo de lo que ya no queda nada, como si todas las cosas que él sabía y amaba ya no existieran sobre el mundo, como si no existiera el orgullo de que Lucio Anneo Séneca hubiera sido español y de que Don Juan de Austria le hubiera ganado a los turcos, como si nunca hubieran existido Kennedy ni el Romanticismo ni moscas en los labios de los muchachos pobres. Mi padre fumaba como vive un perro viejo, sin darse cuenta de que fumaba tanto, pero sí comprendiendo que vivir es tan sólo matar muy poco a poco un rruiseñor.

A mi padre le gustaban mucho los huevos fritos por la noche, los pollos “a l’ast”, el vino tinto del Tarato y enterarse de cosas como los minutos que tardan los rayos del sol en llegar al planeta La Tierra, y sobre todo le gustaba cómo tío Andrés abría una cerveza con la cuenca del ojo. Una vez hizo el truco en una boda y mi padre cada vez que lo veía le decía: “Andrés abre otra cerveza con la cuenca del ojo”, y mamá sonreía y era entonces feliz unos segundos. Algunas veces entraba en mi cuarto y me preguntaba:

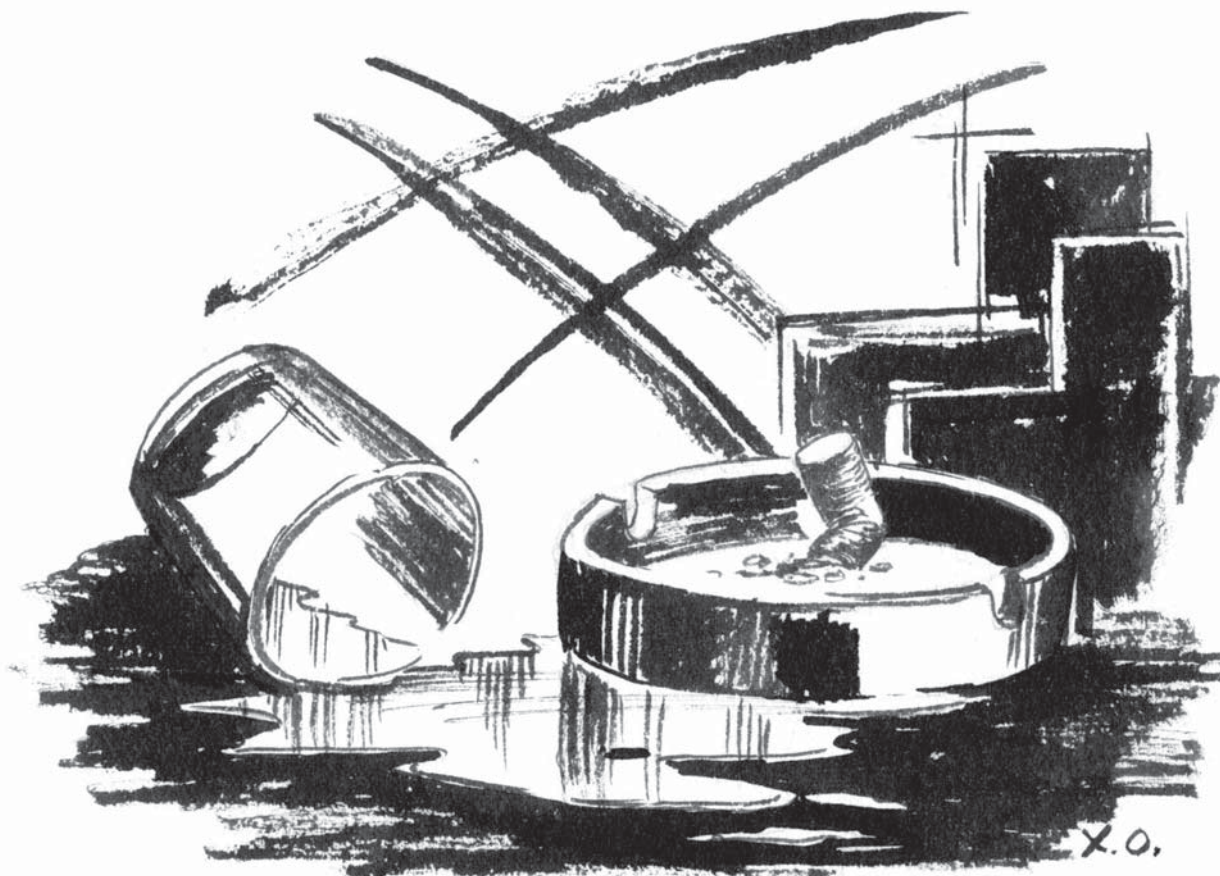
–¿Quién es Costa Gravas, Cosme? ¿Qué quiere decir Costa Gravas? ¿Qué es ketchup? ¿Qué es un monovolumen, Cosme?, ¿Qué es la Caixa, Cosme? ¿Qué quiere decir bailar el bacalao?

Luego se iba a las tabernas o se quedaba en casa y haciendo sobre la mesa con hule de la cocina chica solitarios con la baraja española y enderezando muy bien las cartas.

Mi padre fumaba y existía como si hubiera vivido siempre donde el hombre es perpetuo y ya está atiborrado de existir. Alguna vez, en algún punto exacto de su biografía, se le tuvo que pegar al alma una de esas tristezas bordes que cuando empiezan ya no acaban, una de esas tristezas que nos vienen a decir que

no pertenecemos a nada más grande que nosotros mismos, que siempre es todo una mentira asquerosa y no se puede huir de la impostura. A su alrededor, nosotros, sí queríamos vivir, tratábamos de vivir como las abejas que visitan una media de quince flores por minuto, como los pájaros que vuelan con mucha velocidad o las nutrias que muerden con esa ansia el pescado, nosotros tratábamos de existir como anhelando a veces la sal de los océanos. Al otro lado de su desesperanza y su tristeza estábamos nosotros: Mi hermana, mi madre, yo, queriéndolo mucho, preocupándonos por él, tratando de decirle a través de pequeños detalles y de palabras tiernas y domésticas: "¡Papá no hay otro bien que no sea la vida, cuídate, pórtate bien, camina, sueña, escucha música!". Tratando de decirle: "Manuel, así no se vive, así sólo se muere". De buena gana, en una de esas ocasiones en las que se quedaba absorto y solo fumando sin parar en la cocina o repasando los escapularios y las fotografías que guardaba en una vieja lata vacía de carne de membrillo, yo le hubiese acariciado su rostro y besado los párpados, para devolverle sus palabras: "No dejes de luchar por algo que sueñas. ¡Sueña, papá!". Pero mi padre ya no soñaba nada ni permitía que nadie le hablase de sus vicios. A lo más que aspirábamos, era a conseguir que se sentase con nosotros frente al televisor y sentirlo un rato vivo a nuestro lado, escucharle quejarse de películas que, según él, tenían como fallo haber matado a una tía con buenos muslos o tetas importantes o verse muchos, demasiados helicópteros, y al bueno de la película esconderse en el panizo para que no lo descubrieran los helicópteros.

Mi padre tenía sólo un amigo, un empleado municipal que se sentaba a llorar en medio de la calle por un penalty y se juntaba muchas noches con él para beber vino en las tabernas. A mi padre no le gustaba el fútbol, aunque se acordaba de un equipo que le ganó una vez al Madrid y le decían El Benfica, esa palabra le gustó mucho: El Benfica, y preguntaba a veces, cuando daban datos y nombres de equipos por la televisión: "¿Es que ya no juega el Benfica?". Mi padre nunca se hubiera sentado en un poyato de la calle Condes para llorar por un penalty, pero se entendía a la perfección con su amigo, se hacían compañía y eran un poco felices a su manera. Mi padre sólo sería capaz de sentarse a llorar por el barro biliar que algunas veces se le iba al páncreas y le dolía horrores hasta que se tomaba media caja de pastillas Pancreoflat, porque mi padre era como si allá, donde los hombres perpetuos de los que parecía proceder, hubiese llorado ya por todo: por



ya no respirar, por la lluvia en la sangre y por una luz fósil en el alma del mundo. Algunos días llegaba a casa huraño y embriagado, se quitaba con desapasionamiento y tristeza la ropa, la colgaba en el percha de la sala de estar, se acostaba directamente, sin pasar por el comedor para decirnos nada y fumaba en la cama hasta dormirse. Entonces, ese día, se apropiaba de nosotros una congoja inconfesable y yo notaba en mi madre ganas de subir al dormitorio y preguntarle llorando: "¿Manuel, qué te pasa en los nervios o en el alma?", y yo miraba y sentía todo aquello con mis ojos de hijo de padres deshauciados por una obra imperfecta.

Sí, a mi padre lo vamos a enterrar mañana. Un día tosió sangre, le vino la cirrosis y la llamó Felipe. Y ahora estamos aquí frente al cuerpo presente, en este tanatorio de Albacete, viendo a mi padre muerto en la caja con esa expresión que se le queda a algunos cadáveres de dulce serenidad y de descanso, muerto entre velas ortopédicas que emiten un pábilo eléctrico que produce congoja y te quitan las ganas de seguir creyendo en ciertas cosas. Estamos la familia velando y recordando las cosas de mi padre. Mi madre ha comentado, entre sollozos, aquella ocasión en que mi padre nos dijo a todos con foie gras en los labios que no estaba dispuesto a dejarse el tabaco y las tabernas para dedicarse a la tristeza de la vida vacía y a cantar mucho en misa: "¡Qué alegría cuando me dijeron vamos a la casa del Señor!". Mi hermana ha recordado que lo acompañó al ambulatorio para lo de los mareos y el médico le dijo: "Las arterias cerebrales se vasodilatan y al vasodilatarse,...", y a mi padre le chocó mucho al vasodilatarse, y muchas veces decía después esa palabra: al vasodilatarse. Yo he comentado que me hubiese gustado que mi padre hubiera vivido hasta verme licenciado en Medicina, le ha faltado sólo un año y lo siento muchísimo. Ahora estamos callados a las tres y cuarto de la madrugada, tan quietos y callados como si la vida que vivimos todos los días no fuera de verdad, como si mi padre no se hubiese ido del todo y nos esperase fumando en la cocina, repasando sus fotos y sus escapularios viejos que tanto le gustaba guardar, mi padre allí sentado como si llevara lluvia en la frente y esperase la dicha con la misma paciencia con la que se esperan los barcos o los trenes. Sí, estamos aquí, quietos y callados, con la convicción y la dulzura de ser también nosotros y sentirnos, como mi padre, animales solos cuyos fondos se pudren y llevan en el alma el perfume tatuado de la desesperanza o algo así. Aquí, callados y quietos, sentados en un sofá azul marino con la misma actitud y la misma postura y la misma tristeza que nuestra vecina Laura, octogenaria, viuda, desubicada, asmática, quemando la grasa de su tiempo en cómo podría escribirle una carta al Papa para que excomulgue las telenovelas. Pero sobre todo, sintiendo que mi padre con su muerte y sus cigarros y sus vasos de vino en las tabernas, mi padre con su actitud y su ebriedad imperfecta, fue haciendo nacer un ruiseñor precioso adentro de nosotros, un ruiseñor que vuela suavemente en el alma dolida y redimida que nos dejó la vida de mi padre.

